

EL TENIS: ENTRE LA MODERNIDAD Y LA POSTMODERNIDAD

TENNIS, BETWEEN MODERNITY AND POST-MODERNITY

Guillem Turró i Ortega y Conrad Vilanou i Torrano

Universitat de Barcelona

gturro72@hotmail.com y cvilanou@ub.edu

Resumen:

En el presente artículo los autores ensayan una aproximación a la realidad tenística en tanto que metáfora de la modernidad y la postmodernidad (también llamada hipermodernidad). Sabido es que los orígenes del tenis se remontan a una época pre-moderna, cuando se conocía como *jeu de paume*, práctica de gran éxito durante el Antiguo Régimen. Se sostiene que este deporte permite reflexionar en torno a un conjunto de valores y características de nuestras sociedades actuales. La moda, la tecnología, la diversidad sexual y étnica, el espectáculo, la publicidad, la aceleración, el erotismo, el éxito y el fracaso o el capitalismo globalizado aparecen como componentes imprescindibles para poder captar el fenómeno tenístico en toda su amplitud. Igualmente, la historia del tenis puede servir para ilustrar como a través del deporte se puede comprender la evolución socio-cultural de la civilización occidental.

Palabras clave: tenis; historia; modernidad; postmodernidad.

Abstract:

In this paper, the authors investigate an approach to the practice of tennis as a metaphor of modernity and post-modernity (also called hypermodernity). It is a well-known fact that the origins of tennis go back to pre-modern times, when it was known as *jeu de paume* and widely practiced during the Ancient Regime. The authors argue that this sport enables reflection on a series of values and features of modern society. Fashion, technology, sexual and ethnic diversity, spectacle, advertising, acceleration, eroticism, success and failure or globalised capitalism emerge as indispensable elements for understanding the tennis phenomenon in all its breadth. Likewise, the history of tennis may also illustrate how the sociocultural evolution of Western civilisation can be understood through sport.

Keywords: tennis; history; modernity; post-modernity.

Introducción

Es bien notorio que el deporte ocupa un lugar preponderante dentro de nuestro imaginario colectivo. De hecho, con cierta frecuencia se ha afirmado su carácter moderno, constituyendo —durante las primeras décadas del siglo XX— un fenómeno vinculado al movimiento de las vanguardias. Con el trasfondo de la Exposición Universal de Barcelona del año 1888, el Modernismo catalán representó —un buen ejemplo sería la pintura de Ramón Casas— escenas deportivas que tenían a la bicicleta como protagonista. Por su parte, el Novecentismo —que en Cataluña significa un inequívoco movimiento de modernización, sobretudo a partir del esfuerzo de la *Mancomunidad*— ofreció soporte al fenómeno deportivo.¹ Además, el deporte fue presentado —así se desprende del *Manifiesto Amarillo* firmado por

¹ PUJADAS, X. y SANTACANA, C. Esport, catalanisme i modernitat. La Mancomunitat de Catalunya i la incorporació de la cultura física en l'esfera pública catalana (1914-1923). Acàcia, 1995, 5, 101-121.

Salvador Dalí, Lluís Montanyà y Sebastià Gasch el año 1928, publicado en el número dos de la revista granadina *Gallo* que impulsaban los hermanos Federico y Francisco García Lorca— como un elemento innovador en el contexto de las vanguardias artísticas.

Por otro lado, y desde un punto de vista histórico, la alianza entre el deporte y el saber, y por tanto la irrupción de la literatura deportiva como un nuevo género, se irá consolidando después de la Gran Guerra (1914-1918). En cierto modo, el continente europeo vivió —bajo la influencia de los vientos vitalistas (Nietzsche, Bergson, etc.)— una crítica al excesivo intelectualismo que procedía de etapas anteriores. Todo esto confería al deporte una nueva posición social y cultural, más allá del culto a la belleza y a la fuerza. Ahora el deporte constituía una novedad que también ganaba adeptos entre las clases intelectuales que veían sus inmensas posibilidades creativas. Si primero fueron los pedagogos victorianos como Thomas Arnold los que defendieron en el siglo XIX las virtudes educativas del deporte, más tarde los escritores y los artistas encontraron en el universo deportivo un terreno abonado para sus ensayos y experimentaciones. En este contexto, cabe situar el mítico combate de boxeo entre Arthur Cravan y Jack London, disputado en la Monumental de Barcelona el domingo 23 de abril de 1916 con una bolsa de 50.000 pesetas que pactaron repartirse ambos contrincantes. Más que un combate pugilístico, se ha dicho que fue una provocación dadaísta que ha llegado hasta nosotros gracias en parte al famoso cartel anunciador que ha inmortalizado este evento. Además, la historia de sus protagonistas —Cravan desapareció misteriosamente en el Golfo de México el año 1918— ha generado una leyenda que el cineasta Isaki Lacuesta llevó al cine el año 2002 con un documental (*Cravan vs Cravan*), que oscila entre la realidad y la ficción.

El deporte constituye, pues, un fenómeno típicamente moderno que se ha de vincular al crecimiento de las ciudades y la aparición de un modelo de vida metropolitana que se impondrá después de la Primera Guerra Mundial. En realidad, los héroes caídos en los frentes de aquel dramático conflicto bélico perviven en la memoria colectiva de aquellos que amamos el deporte. Efectivamente, anualmente se organizan competiciones deportivas —como hizo Aquiles ante las murallas de Troya después de la muerte de su amigo Patroclo— en honor de aquellos deportistas que perdieron la vida en los frentes de guerra. Así por ejemplo, desde 1920 se organiza en Barcelona la carrera atlética *Jean Bouin* en honor del atleta francés que fue medalla de plata en la prueba de los 5.000 metros en los Juegos Olímpicos de Estocolmo (1912) y periodista, desaparecido trágicamente el año 1914 durante los primeros combates de la Gran Guerra. Por otra parte, en París se celebra el torneo de tenis de Roland Garros, creado con el fin de honrar la memoria de un héroe de guerra. Se trataba de un pionero de la aviación —el primer piloto en cruzar el Mediterráneo en avión— y un tenista aficionado, que después de diferentes éxitos militares —dotó a los aviones franceses de un eficaz sistema de ametralladoras— fue abatido en las Ardenas el 5 de octubre de 1918. Esto ocurría pocas semanas antes de que llegara el armisticio con que concluiría aquella guerra fratricida, una contienda atroz que además de las armas químicas promovió la guerra de trincheras y el uso de las ametralladoras, dos trampas mortíferas para la juventud europea.

Huelga decir que el deporte, con su gusto por el aire libre, fue una respuesta al sedentarismo que había reforzado la sociedad industrial del siglo diecinueve. Con la llegada de la nueva centuria, se abría una perspectiva a un estilo de vida exento de prejuicios y lleno de posibilidades. Esto no es óbice para que tengamos que esperar a las primeras décadas del siglo XX para que el deporte se convierta en un elemento más de la cultura metropolitana que, gracias al ferrocarril subterráneo, permitía acceder a los estadios. De manera decidida, la modernidad generó unas nuevas condiciones materiales y psicológicas que, en definitiva, favorecieron la aparición de una categoría social desconocida y que quería romper con el mundo anterior: la juventud. Si antes —en el mundo de ayer (Stefan Zweig *dixit*), en el mundo del siglo XIX— convenía representar más edad de la que realmente se tenía, ahora la situación cambiaba en el sentido que todo el mundo quería vivir de una manera más juvenil. Esta coyuntura implicó un cambio respecto a las costumbres, provocando que la moda se modernizase para devenir el rasgo más característico de un colectivo que aspiraba a vivir sin depender de los tónicos anteriores. Una juventud —que gracias a los aires neonómadas que se introdujeron con el ferrocarril, el turismo, la vida al aire libre, los baños de mar, el gusto por esquiar o navegar, etc.— promovió la práctica deportiva, con independencia que fuera verano o invierno, según un

programa adecuado a cada estación. Si el proletariado practicaba el ciclismo o el fútbol y disfrutaba con el boxeo, ahora las clases altas también se fijaban en la práctica deportiva —y aquí el tenis ocupará un lugar privilegiado— para modernizar sus costumbres, lo cual implicó que la sociedad abandonara gradualmente diversiones más populares como las tabernas, los espectáculos de variedades, las salas de baile, las representaciones de zarzuelas y las corridas de toros.

Viene a colación reportar que la boda —el año 1906— de Alfonso XIII con una noble inglesa —Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria de Inglaterra— comportó que también la corona española cambiara sus hábitos y empezara a practicar deporte (equitación, polo, etc.). En este sentido, la infanta Eulalia de Borbón —una mujer incómoda por su singularidad, hija de Isabel II y tía de Alfonso XIII— nos dejó en sus memorias una espléndida descripción de los usos sociales de las cortes europeas en el momento del tránsito del siglo XIX al XX. Aquella mujer culta y moderna, una avanzada del feminismo, se lamentaba de la magnificencia de los bailes que tenían lugar en los salones vieneses, reflejo de un imperio —el austro-húngaro— en que los uniformes, los desfiles y las marchas militares ejercían una gran atracción entre un público todavía ajeno al fenómeno deportivo. Pronto, empero, aquellas cortes vieron en el deporte una auténtica novedad, sobre todo la austro-húngara y la española, que vivían todavía ancladas en el pasado. Mientras tanto ingleses y alemanes se habían lanzado a la práctica deportiva, los segundos un poco a remolque de los primeros. Guillermo —el Káiser alemán— deseaba emular en Kiel las regatas que los nobles ingleses disputaban en Cowes (Isla de Wight). «Anualmente se celebraban en Cowes las grandes regatas en que tomaban parte los príncipes de la Casa Real y todos los nobles británicos. La fiesta deportiva iba siempre precedida de una revista naval que pasaba a la escuadra la reina».² Así pues, las cosas cambiaron a partir del enlace de Alfonso XIII con una princesa inglesa, hace poco más de un siglo (1906). «De la sociedad religiosa y casi monástica que habíamos tenido con la Regencia, se pasó con fervor igual a la deportiva. No siendo los españoles seres de términos medios e ignorando lo que ha sido base del encanto de la vida francesa, que es la diversificación de interés y de puntos de atracción, caímos en los deportes con igual frenesí que habíamos tenido para todo lo demás».³ A continuación, la infanta Eulalia de Borbón se lamentaba de la distancia que se abrió entre los aristócratas —librados todo el día al deporte— y los intelectuales que mantenían una actitud de recelo, lo cual perjudicó a la monarquía que de este modo se mantuvo alejada del ámbito de la ciencia y de la cultura.

Con estos antecedentes, no nos puede extrañar que la familia real española frecuentara las playas de la cornisa cantábrica, ciudades como San Sebastián o Santander donde pronto surgieron sendos clubes de tenis. Efectivamente, el año 1904 nació el Real Club de Tenis de San Sebastián y, dos años más tarde, la Real Sociedad de Lawn Tennis de Santander, entidad conocida actualmente como la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena. A imagen y semejanza de lo que hacía la monarquía española —que ennobleció muchos clubes deportivos, confiriéndoles la posibilidad de utilizar en su nomenclatura el distintivo de Real— las clases altas (aristocráticas y burguesas) asumieron la práctica del deporte. A estas alturas, parecía que el *casticismo* de otros tiempos —una España de toreros, *majas* y pandereta idealizada por músicos y literatos románticos— daba paso a un modelo de vida moderno como el que representaba el deporte. No es baladí que la Exposición Internacional de Barcelona del año 1929 conllevara —con la inauguración de una serie de instalaciones como el estadio, las piscinas de Montjuïc y unas pistas de tenis— la definitiva consolidación de la actividad deportiva en Cataluña. Además, aquella Exposición dedicó un palacio del recinto ferial al deporte que de esta manera confirmaba que había adquirido la condición de una verdadera industria.

Nos parece incontestable que la trayectoria del tenis refleja —a nuestro entender— no solamente este factor de modernidad que representa el deporte sino algo más importante: la misma evolución histórica de un juego de ascendencia medieval —el *jeu de paume*— que gozó de un gran predicamento en la sociedad del Antiguo Régimen, hasta el punto de quedar ligado a

² BORBÓN, E. Memorias de Doña Eulalia de Borbón ex Infanta de España (De 1864 a 1931). Barcelona: Editorial Juventud, 1950, p. 107-108.

³ Ibidem, p. 197.

la aristocracia si bien Luis XVI sólo prestaba atención a la caza. No en balde, el pintor Louis David —que en opinión de Zweig simboliza el «tipo del eterno tráfuga que corre tras el poder, lisonjeador de los triunfadores, despiadado con los vencidos, pinta a los vencedores en su coronación y a los derrotados camino del patíbulo»⁴— dejó constancia de la reunión de los 577 representantes del tercer estado, celebrada el 20 de junio de 1789 en el marco de los sucesos que siguieron a la convocatoria de los Estados Generales que iniciaron sus sesiones el 5 de mayo de aquel año, en el famoso cuadro del Juramento del *Jeu de Paume*, en la sala de este juego en Versalles. Visto de lejos, el tenis constituye una narrativa deportiva de larga duración que, con los debidos cambios y modificaciones, ha sabido responder a los retos de la historia, adaptándose a las exigencias de la modernidad e, incluso, a las demandas de la sociedad postmoderna o hipermoderna.

No es una casualidad que el *lawn-tennis* —el tenis moderno— surgiera en la Inglaterra industrializada de finales del siglo XIX y, desde entonces, haya seguido un proceso de expansión hasta el punto que actualmente constituye un espectáculo globalizado, perfectamente adaptado al discurso televisivo. En esta misma dirección, nos parece oportuno recordar que en los Juegos Olímpicos que organizaron los británicos en su capital el año 1908 el *jeu de paume* figurara dentro del programa olímpico. Fue un hecho excepcional —todo un homenaje a la tradición— que nunca más se volvió a repetir. En suma, podemos afirmar que el tenis responde con creces a las expectativas que pueda tener todo auténtico deportista. En este punto, nos parecen oportunas las palabras de Néstor Luján: «Si examinamos la trayectoria de este deporte a través de los tiempos hasta nuestros días podremos darnos cuenta de lo que ha representado para la formación de un espíritu deportivo, al lado de su importancia en el aspecto físico, por ser el tenis un deporte completo en el que se pueden llegar a conjugar admirablemente las cualidades físicas y las cualidades morales al lado de la inteligencia de juego».⁵

Un buen exponente de lo que señalamos se puede encontrar en el caso de Lili Álvarez, Elia María González Álvarez y López Chicheri (1905-1998). Una auténtica *sport-woman*, prototipo de mujer moderna, independiente y progresista, que fue finalista por partida triple en Wimbledon (1926, 1927 y 1928). En la primera de las ocasiones —con los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el palco de honor— estuvo muy cerca de ganar el encuentro. Perteneciente a la burguesía liberal, practicaba varios deportes (tenis, esquí, automovilismo, etc.), a la vez que mostró grandes cualidades intelectuales, con una extensa producción bibliográfica de la que cabe destacar obras como *Plenitud* (1946), *En tierra extraña* (1956) o *El mito del «amateurismo»* (1968). Persona de un cristianismo manifiesto, se relacionó en Madrid —donde fijó su residencia— con intelectuales tan insignes como Ortega y Gasset, Ruiz-Giménez, Aranguren, Zubiri, Miret Magdalena, Julián Marías o Cagigal. Su biografía nos permite afirmar que los grandes ejes en torno a los cuales giró su existencia fueron el feminismo, la espiritualidad y el deporte. Cabe añadir que se dedicó al periodismo (fue corresponsal de la prensa inglesa y colaboró en revistas como *Cuadernos para el diálogo* y *El Ciervo*). Igualmente, fue muy consciente de los derechos de las mujeres hasta el punto que se avanzó a su tiempo al separarse de su marido, un aristócrata francés. Entre otros calificativos, ha sido presentada como una síntesis de elegancia y distinción (fue conocida internacionalmente por el sobrenombre de *La Señorita*, o, mejor dicho, *The Senorita*), al mismo tiempo que ofrece una trayectoria personal e intelectual coherente con la defensa de un humanismo espiritualista. Lamentamos que el recuerdo de Lili Álvarez —a pesar de contar con algún estudio monográfico remarcable⁶— no haya sido cultivado como se merecería, habida cuenta que se trata de una de las primeras españolas que supo ver que el deporte nos ayuda a tener una actitud feliz y generosa ante la vida.

El año 1968, una fecha clave

⁴ ZWEIF, S. María Antonieta. Barcelona: Editorial Juventud, 1971, p. 401.

⁵ LUJÁN, N. «Historia del tenis. Del “jeu de paume” a la Copa Davis», *Historia y vida*, 1975, 88, 38-47.

⁶ RIAÑO GONZÁLEZ, C. *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo XX a través de la vida y obra de Elia María González Álvarez y López Chicheri, «Lili Álvarez»*. Madrid: Consejo Superior de Deportes, 2004.

Si en muchas ocasiones se afirma que el deporte es una metáfora de la vida, también se puede considerar la historia del tenis como una metáfora de la modernidad, de su génesis y evolución posterior, hasta llegar a nuestros actuales tiempos posmodernos o, simplemente, hipermodernos, es decir, de una modernidad acentuada y agudizada que con su vértigo ha hecho que todo se convierta —como sucede con las estrellas del deporte— en una cosa efímera y fugaz (inclusive, líquida). No tenemos ninguna duda de que el tenis —de la misma manera que el deporte en general— ha experimentado en los últimos años una profunda y rápida evolución en consonancia con los cambios que se han dado en la sociedad occidental. En realidad, el deporte constituye un buen espejo para analizar las transformaciones sociales de las últimas décadas y, muy especialmente, el tránsito de la modernidad a la hipermodernidad, expresión utilizada por Lipovetsky y que consideramos equivalente a la de postmodernidad. Si frecuentemente se hace difícil distinguir el momento en que se produce este cambio de ritmo que conduce de la modernidad clásica a una modernidad acentuada y acelerada —es decir, a una modernidad consumada o hipermodernidad—, desde un punto de vista deportivo podemos fijar la fecha de este cambio en torno al año 1968, cuando se disputaron los Juegos Olímpicos en México, la primera vez que tenían lugar en un país en vías de desarrollo. Pues bien, esta misma fecha fue muy significativa para la historia del tenis pues coincidió con el año en que la Federación Internacional (ITF) acordó que los campeonatos del *Grand Slam* (Wimbledon, Roland Garros, y los abiertos de Australia y los Estados Unidos) aceptarían jugadores profesionales, extremo que generó disputas y controversias entre las diferentes partes implicadas, para finalizar de una vez por todas con la distinción entre jugadores amateurs y profesionales.

Bien sabemos que el año 1968 —en el período que va de la primavera parisina al otoño mexicano— coincidió con varias transformaciones cruciales para la historia sociocultural. De un lado, se configuró una nueva concepción corporal que incidió rápidamente en la sociedad que impuso una moda más cómoda e informal. De igual modo emergía una sexualidad más libre; a la vez que llegaban de Oriente nuevas técnicas de relajación y cuidado corporal. En este mismo contexto, y desde la izquierda, se criticaba duramente el deporte por sus implicaciones ideológicas, en reflejar y transmitir los valores de la sociedad capitalista, productivista y represora. Un buen ejemplo de ello será la revista francesa *Partisans*, encabezada por el sociólogo freudo-marxista Jean-Marie Brohm. No obstante, y en otro sentido, también surgía una nueva visión del deporte derivada de una concepción tecnocientífica del cuerpo que promovió —en plena guerra fría— el deporte de alta competición y que, finalmente, ha acabado imponiéndose. Esta dualidad —críticos de un lado, y partidarios del alto rendimiento, por otro— había de dirigir el deporte desde las últimas décadas del siglo XX hasta hoy mismo. Si los primeros —la llamada *teoría crítica del deporte*— optaban por una visión alternativa a la práctica deportiva profesional, los segundos apostaban por un planteamiento que fomentaba la excelencia de los resultados a través del estudio sistemático y científico de la actividad deportiva. Una práctica que actualmente ha convertido los Centros de Alto Rendimiento en protagonistas de la investigación aplicada en el ámbito de las ciencias de la actividad física y del deporte. En este contexto, aparecerá en España el primer Instituto Nacional de Educación Física —creado oficialmente a partir de la Ley de Educación Física y el Deporte (1960), pero abierto en Madrid durante el año 1965— y, así gradualmente, el deporte se desprendía de su carga política e ideológica. En la génesis de esta institución no puede obviarse el encomiable papel jugado por José María Cagigal, maestro de todos aquellos que nos dedicamos a estudiar el deporte en clave humanista y social.

Podemos afirmar, pues, que la cultura postmoderna ha influido en el mundo deportivo desde dos vertientes diferentes, generando dos orientaciones contrastadas que han generado —a su vez— dos tipos de discursos divergentes en el sentido que si en el primer caso se busca potenciar los valores sociales del deporte, la segunda opción quiere profundizar en el deporte de alto rendimiento. Los defensores de la axiología deportiva inciden en los aspectos formativos de cara a conseguir una sociedad más abierta y plural que enseña a respetar al contrario y que reconoce los derechos de las otras personas, y en especial, de las minorías silenciadas por el discurso moderno que, con su afán unificador, negaba cualquier tipo de diferencia. Por su parte, aquellos que buscan el triunfo competitivo fijan su atención en el deporte profesional que —en

último término— constituye uno de los grandes espectáculos de este mundo postmoderno, mediatizado por una cultura audiovisual que fomenta el culto a los grandes campeones, que adquieren de esta forma la condición de nuevos ídolos de esta religión neopagana que es el deporte. No obstante, para conseguir estos éxitos mucha gente vinculada al deporte —entrenadores, médicos, atletas, representantes, etc.— no duda en romper las reglas del juego y acepta el dopaje como mecanismo para luchar contra el cronómetro o la fatiga y mejorar de este modo el rendimiento que exige la alta competición. No en balde, los Juegos Olímpicos de México (1968) fueron los primeros que incorporaron el control antidopaje que, finalmente, se ha convertido en una variable más del deporte, tal y como confirman los escándalos que surgen día a día.

Lógicamente la historia del dopaje nos llevaría muy lejos. Podemos remontarnos hasta el Tour del 1955, donde Jean Mallejac se derrumbó a falta de 10 kilómetros para alcanzar la cima del mítico Mont Ventoux, en la Provenza francesa. Más trágica fue la situación protagonizada por Knud Enermark Jensen en el transcurso de los Juegos Olímpicos de Roma (1960). Este joven ciclista danés murió en plena prueba intoxicado por la absorción de una dosis excesiva de anfetaminas, una situación acentuada por el esfuerzo competitivo. Unos años más tarde —y gracias a la televisión— todo el mundo pudo asistir a la muerte de Tom Simpson, un hecho que conmocionó la opinión pública y que se produjo durante el Tour, más concretamente el 13 de julio de 1967. Su fallecimiento fue debido a la ingesta de anfetaminas y se produjo también en plena ascensión del Mont Ventoux, existiendo hoy un monumento en su honor cerca de la cima que se ha convertido en un lugar de peregrinación y culto al citado ciclista. También el mundo del tenis quedará dañado por el dopaje, un componente indisociable del deporte de máximo nivel postmoderno y de sus condiciones tecnocientíficas. Un buen ejemplo sería el argentino Mariano Puerta (finalista del Roland Garros en 2005), suspendido por encontrar en su organismo una sustancia prohibida, concretamente la epinefrina.

Vistas las cosas con atención, podemos observar como el tenis también hace patente esta dualidad pues si de un lado ha contribuido a fomentar valores sociales a favor del reconocimiento de las minorías —raciales, sexuales, etc.— no es menos verdad que, por su propia idiosincrasia, se ha convertido en uno de los grandes espectáculos mundiales. No en balde en la década de los setenta aparecieron la ATP —la Asociación de Tenistas Profesionales— y la WTA —la Asociación de Tenis Femenina. Si antes únicamente la Copa Davis y algunos torneos singulares (Wimbledon, Roland Garros, etc.) despertaban el interés de los aficionados, actualmente muchos son los que siguen el circuito de grandes competiciones —el *Grand Slam*— hasta el punto que la temporada se ha alargado prácticamente todo el año, de enero a diciembre, un ciclo anual que culmina con el torneo del Masters (actualmente también conocido como *ATP World Tour Finals*) que se juega al final de temporada. No cabe decir que muchos de estos torneos participan plenamente de la mercantilización globalizada, generando unos estratosféricos beneficios que convierten a los tenistas mejor clasificados en multimillonarios.

A partir de los Juegos Olímpicos celebrados en México en 1968, el deporte encontró una magnífica caja de resonancia para luchar contra las situaciones de desigualdad y marginación. Sabido es que aquellos juegos fueron el escaparate utilizado por el movimiento del *Black Power* con el objetivo de denunciar la postergación de los colectivos negros en los Estados Unidos, unos meses después del asesinato de Martin Luther King —paradigma de la resistencia no violenta y la desobediencia civil— el 4 de abril de aquel mismo año cuando se disponía a participar en un acto en defensa de los derechos de los colectivos negros. Todos conservamos en la memoria las imágenes del momento en que, en los Juegos Olímpicos de México, recibieron sus medallas los velocistas Tommie Smith y John Carlos, primer y tercer clasificados en la prueba de los 200 metros lisos.

Podemos recordar su actuación: sin calzado y con los calcetines oscuros puestos (para manifestar la pobreza de los negros), una bufanda en el cuello de Smith (para recordar el orgullo de la minoría afroamericana) y un collar en el cuello de Carlos (para reconocer el linchamiento de los negros). Llevaban también los puños enguantados del mismo color y, lo más importante, alzaron su brazo y bajaron la cabeza mientras sonaba el himno nacional norteamericano. La suya fue la respuesta a la política de segregación racial y de opresión social que padecía una parte importante de la población negra norteamericana, un acto de rebelión contra una situación

terriblemente injusta. Su gesto expresaba la protesta contra las miserables condiciones de vida de los negros en muchas ciudades norteamericanas. A consecuencia de estos hechos, Smith y Carlos fueron expulsados de la selección de atletismo norte-americana. También podemos reseñar que Lew Alcindor, en aquellos momentos jugador de UCLA y muy comprometido con los ideales del *Black Power*, se negó a acudir a esta edición de los Juegos Olímpicos. Más tarde se convertiría en Kareem Abdul Jabbar, el celeberrimo pívot de *Los Angeles Lakers*. El año 1968 fijaría, pues, un punto de inflexión en la historia social contemporánea y, especialmente, en lo que respecta a los movimientos de defensa de los derechos civiles en los Estados Unidos.

En este punto se hace conveniente recordar la figura de Arthur Ashe, nacido el año 1943, en Richmond (Virginia), un estado —dentro de la denominada *América profunda*— que mantenía la segregación racial. A los siete años empezó a jugar, pero debido a esta situación de segregación, el joven Arthur no podía jugar en las pistas reservadas para los blancos. Cada comunidad utilizaba instalaciones deportivas separadas, circunstancia que era insostenible a sus ojos. No sin dificultades, el año 1969 Arthur Ashe adquirió la condición de profesional y fue el primer afroamericano que formó parte del equipo norte-americano de la Copa Davis —del cual llegaría a ser capitán— y también el primer afroamericano que participó en el Grand Slam. Igualmente fue el primer tenista negro que ganó el torneo de Wimbledon (en el transcurso del año 1975), y aún hoy es el único tenista de color que ha ganado tres torneos del Grand Slam ya que también se impuso en los abiertos de los Estados Unidos (1968) y de Australia (1970). Su ejemplo dentro y fuera de las pistas, la defensa pacífica de los derechos humanos, sus viajes a Sudáfrica donde visitó a un Nelson Mandela privado de libertad en la prisión, hicieron de este tenista un verdadero icono para todos aquellos que confiaban en aquel sueño de Martin Luther King: algún día en los Estados Unidos la gente no sería juzgada por el color de su piel. No es ninguna casualidad que Arthur Ashe sea el deportista más admirado por Barack Obama; siendo una persona que dejó bien claro que no quería ser recordado por sus logros tenísticos, pues estos no representaron ninguna contribución social, sino por su lucha contra las políticas discriminatorias y las injusticias de todo tipo. Desgraciadamente Arthur Ashe —que padecía problemas de salud— tuvo que abandonar la práctica tenística y encontró la muerte en plena madurez —a los 49 años— por una transfusión de sangre, infectada por el virus del SIDA. El recuerdo de Arthur Ashe se mantiene vivo gracias también al hecho que la pista central del Abierto de los Estados Unidos lleva su nombre.

De la misma manera que el tenis frenó la segregación racial, también sus estrellas —y aquí Martina Navratilova ocupa un lugar preferente— sirvió para reconocer y aceptar las diferencias en orientación sexual. En efecto, el 1981, poco después de obtener la nacionalidad norte-americana, esta tenista hacía pública su condición de homosexual. Debe tenerse en cuenta que en su Checoslovaquia natal —que en 1968 vivió la primavera de Praga— la dictadura comunista imponía una homofobia asfixiante. Años más tarde —durante el 1991— volvió a saltar a las páginas de la prensa cuando se separaba traumáticamente de su compañera Judy Nelson. Durante todos estos años se ha destacado por su activismo a favor de los derechos de las personas homosexuales. Pensamos que esto debe ser una buena razón para recordarla más allá de los extraordinarios duelos contra su gran rival Chris Evert.

No obstante esto, durante el 1990 la australiana Margaret Court, una de las mejores jugadoras en la historia y pastora evangelista, criticó duramente la vida privada y sexual de Martina Navratilova —acababa de vencer en el Torneo de Wimbledon— por considerarla «un mal ejemplo» para las jóvenes jugadoras profesionales. La australiana, que en su día consiguió 18 triunfos del Grand Slam, se ha significado contraria al matrimonio entre personas del mismo sexo. Es importante reseñar que Martina no estuvo sola en su lucha por la normalización de la homosexualidad. Durante el mismo 1981 la norteamericana Billie Jean King, rival en las pistas de Court y recordada por sus numerosos éxitos tenísticos, hizo pública su orientación sexual. King, reconocida líder feminista que ha luchado en favor de la igualdad de género, recibió de manos de Barack Obama la Medalla presidencial de la Libertad en 2009. No deja de ser interesante observar que esta misma jugadora protagonizó la llamada «la Batalla de los sexos», un match de tenis que la enfrentó en 1973 a Bobby Riggs, en aquel entonces un tenista retirado de 55 años. El partido, que se saldó con la victoria de la californiana, fue seguido por más de 50 millones de telespectadores.

A través de estos dos ejemplos —Arthur Ashe y Martina Navratilova— el tenis asumió los nuevos valores emergentes de esta cultura postmoderna que ha aceptado y reconocido el derecho a la diferencia. Lejos quedaban etapas anteriores, donde el tenis había expresado un puritanismo victoriano muy propio de sus orígenes. Incluso, el color blanco —que había sido una de sus características más genuinas— daba paso a la aceptación de una amplia gama de colores, algunos muy estridentes como el rojo que Rafael Nadal ha popularizado. Tampoco debemos perder de vista que entre 1988 y 1990 Andre Aggasi se negó a jugar el torneo de Wimbledon —organizado por el elitista *All England Club*— por no aceptar la norma de vestir de blanco cuando, en el torneo inglés, donde persiste todavía esta obligatoriedad. No es fortuito que el torneo más prestigioso del planeta sea también el más antiguo y tradicional (con todos sus protocolos y convencionalismos) de las competiciones del Grand Slam, datando su inicio del 1877. Nos parece relevante la inscripción que corona la puerta de la pista central de Wimbledon: «If you can meet with triumph and disaster/ And treat two impostors just the same!», un fragmento extraído de un poema de Rudyard Kipling y que aconseja a los jugadores que tienen el privilegio de jugar algún día en la central sobre los peligros de ganar y perder. Es muy probable que por todo ello reciba el nombre de «La Catedral del tenis».

El tenis, símbolo postmoderno

En medio del mundo postmoderno los tenistas —ya sean hombres o mujeres— se han convertido en unos iconos, con *glamour*, que han colonizado el mundo publicitario. Amén de las respectivas marcas deportivas (Nike, Adidas, Slazenger o Wilson), son diversas las multinacionales que explotan su *sex-appeal*. Así, por ejemplo, las tenistas —a partir de la argentina Gabriela Sabatini— se han convertido en verdaderas modelos, que han servido para divulgar una imagen de una mujer independiente, culta y atractiva, que combina la inteligencia y la seducción, hasta el extremo que su nombre sirve para dar nombre —*Gabriela Sabatini Fragrances*— a una serie de perfumes, comercializados desde el año 1992. También podemos añadir el nombre del ex tenista Björn Borg, antaño un ídolo entre el público femenino que en 2007 se lanzó al diseño de ropa interior. Un caso muy flagrante sería el de la ex tenista rusa Anna Kournikova, más conocida por su faceta de modelo que por unos resultados tenísticos relativamente discretos (de hecho nunca ganó un título).

En los últimos años, el mito del deportista *top-model* encuentra su mejor imagen en la tenista rusa Maria Sharapova, una auténtica modelo publicitaria, con contratos millonarios firmados con diferentes empresas multinacionales que le reportan más beneficios que las cantidades ganadas en el mundo del tenis. Como no podía ser de otra manera, Sharapova tiene cuidado de su imagen y su indumentaria no pasando desapercibida a nadie, aunque en alguna ocasión ha criticado a los dirigentes de la WTA por obligarla a participar en determinados actos de promoción poco antes de iniciar competiciones de prestigio internacional. Además de dar un toque *fashion* al tenis, la Sharapova se distingue por sus gritos y gemidos que superan los setenta decibelios. En cualquier caso, sería interesante valorar de qué manera la comercialización de la imagen —que en algunos casos constituye la fuente principal de ingresos— de estas tenistas acaba incidiendo negativamente en su carrera deportiva. El caso de Ana Ivanovic puede servirnos de ejemplo, una tenista serbia que en su momento posó en bikini para la revista *Sports Illustrated*. Un caso excepcional sería el de la tenista norteamericana Ashley Harkleroad, que siendo 61 del mundo exhibió sus lindezas anatómicas para la revista *Playboy*.

Mucho ha llovido desde los tiempos en que las mujeres tenistas debían plegarse a las estrictas exigencias victorianas. Un buen ejemplo serían aquellas severas vestimentas que ocultaban el cuerpo femenino y que se tuviera que esperar hasta el 1919 —en lo que fue toda una revolución— para ver a una tenista sin falda larga. Nos referimos a la francesa Suzanne Lenglen, uno de los grandes nombres que jalonan la historia del tenis (una de las primeras en convertirse en profesional) y en homenaje a la cual una pista de Roland Garros lleva su nombre. También merece señalarse el hecho —muy comentado en aquel entonces— que Lili Álvarez disputara el torneo de Wimbledon con una falda de dos piezas —un claro antecedente de los *shorts*— diseñada por la gran modista italiana Elsa Schiaparelli. Tal como dejó escrito la propia Álvarez,

«la mujer deportista moderna ha revolucionado la moda, las prendas que viste cuando juega son muy modernas y femeninas y está tan preocupada por lo que lleva como por la calidad de su juego». De hecho, actualmente son habituales los comentarios —muchas veces de corte sexista— relativos al estilismo de la ropa interior de las tenistas. Como pasa en otros deportes —un buen ejemplo sería el voleibol— se intenta atraer a un sector del público varón mediante alicientes que poco tienen que ver con el deporte. Puede que esto haya contribuido a que la modelo Bar Refaeli realizase durante el 2012 una campaña para publicitar su propia línea de ropa interior: lo significativo del caso es que aparecía jugando al tenis.

Para mayor abundamiento hacemos constar que la relación entre el tenis y la moda viene de lejos. Conviene tener presente que marcas clásicas como *Lacoste* y *Fred Perry* responden al recuerdo de dos legendarios jugadores que alcanzaron grandes éxitos durante los años 20 y 30 del siglo pasado: de este modo perpetuaron su nombre más allá del deporte que habían practicado. Esto no nos debe resultar chocante si pensamos que la ropa de tenis siempre se caracterizó por un estilo de vestir especialmente cuidadoso, al menos durante buena parte de la historia de este deporte. A partir del apodo —«Le Cocodrive»— con que fue conocido René Lacoste (1904-1996) nació el famoso logotipo de la marca gala. En este caso fueron camisetas fabricadas en algodón o en lino con la finalidad de contrarrestar las condiciones de humedad y calor de muchas pistas. Esto nos permite entender que el éxito entre el colectivo tenístico de estas prendas fuera considerable. Lacoste formó parte de los «cuatro mosqueteros» (sus compañeros fueron Henri Cochet, Jean Borotra y Jacques Brugnon) que conquistaron la Ensalladera durante seis años consecutivos (1927-1932). Recordemos que la copa que reciben los ganadores de Roland Garros es conocida con el nombre de «Copa de los Mosqueteros».

Sin apartarnos del ámbito de la moda, Fred Perry (1909-1995) pensó para su línea de ropa deportiva creada en 1949 otra imagen, en este caso el laurel, cuya hoja perenne hizo que fuera un símbolo del torneo de Wimbledon y, muchos siglos antes, signo de victoria en los Juegos Píticos, celebrados en Delfos en honor de Apolo. Además, Fred Perry pasará a los anales del tenis por ser el primero en ganar los cuatro títulos del Grand Slam. Baste recordar que uno de los modelos más clásicos de zapatillas deportivas —de la multinacional Adidas— también llevaba el nombre de un ex tenista, en este caso del norteamericano Stan Smith (campeón en la hierba de Wimbledon en 1972). Igualmente cabe apuntar que Serena Williams —la pequeña de las hermanas Williams— se presentó el año 2008 en Wimbledon con una gabardina de color blanco y así se ha convertido en un referente para el mundo de la moda. Digamos de igual modo que jugadores como Roger Federer han sido presentados como un ejemplo de elegancia, una especie de Gran Gatsby, desde el momento que concurrió a Wimbledon ataviado como un *gentleman*. Su atuendo consistía en una vestimenta (traje de chaqueta, suéter y pantalones largos) que recordaba (acorde con un estilo *vintage*) épocas pretéritas. En el caso de este tenista helvético su prestancia estética quedaba perfectamente refrendada por su magnificencia tenística y su comportamiento exquisito, dentro y fuera de la pista. Tal y como dijo en una ocasión Tomás Carbonell (ex tenista y actualmente comentarista televisivo): «Quien inventó el tenis, lo hizo para que algún día alguien lo jugara como Federer».

Al margen del éxito conseguido por el tenis femenino, algunas jugadoras —Núria Llagostera apareció desnuda en un semanario de gran circulación, para reclamar la atención— han hecho público su descontento por la ausencia de apoyo que reciben, muy al contrario de lo que sucede con el tenis masculino, aunque en Wimbledon —desde 2007— se han igualado los premios económicos para ambos sexos. Sea como sea, la presencia de esta nueva mujer en el tenis también ha conllevado una cierta erotización de las retransmisiones televisivas de este deporte. Todos recordamos los gemidos que Mónica Seles incorporó a su juego y que rápidamente adoptaron otros tenistas, ya fuesen mujeres u hombres. Parecería que este sonido de fondo acompaña el discurso televisivo del tenis como si se tratara de una película X, comparación que no es nueva pues para algunos autores los records y las *performances* sexuales son inherentes a la discursividad corporal hipermoderna.

No tenemos ninguna duda de que el éxito del tenis confirma claramente que los dos carburantes principales del deporte espectáculo son la incertidumbre y la identificación.⁷ Bien mirado, este deporte goza —fijémonos en la situación española— de una enorme difusión mediática, incluso muy superior a otros. El tenis se ha adaptado, de esta manera, a unos nuevos tiempos que encuentran en la cultura televisiva un magnífico elemento divulgador. Al cabo, es innegable que la lógica televisiva encaja perfectamente con la estructura y el dinamismo de muchos deportes. Inclusive podemos afirmar que los *mass media* han contribuido a conformar el espectáculo deportivo. Tanto es así que pronto la televisión impuso sus reglas, de manera que los deportes tuvieron que adaptarse a la dinámica que rigen las retransmisiones deportivas. Los partidos de tenis no podían durar más que un tiempo prudencial y, por esta razón, se limitó la duración de los sets que se fijó en un máximo de siete juegos para el ganador, con la introducción del «trie-breack» que se comenzó a aplicar en la década de los setenta. Y esto se produjo después del famoso partido jugado en la primera ronda de Wimbledon el año 1969 entre los norteamericanos Pancho Gonzales y Charles Pasarell. Pero a pesar de ello, incluso con la muerte súbita también se han disputado partidos que han superado las once horas como el que jugaron John Isner y Nicolas Mahut en la primera ronda de Wimbledon el año 2010.

Una vez adecuada la duración de los partidos de tenis a la nueva narrativa televisiva sólo quedaba una cosa pendiente: que el tenis volviera al calendario olímpico y se aceptara a los jugadores profesionales, cosa que no fue fácil dadas las tensiones que se produjeron entre los organizadores de las diferentes competiciones. Antes, empero, se tuvo que adaptar el juego a la televisión en color y de este modo —para facilitar el seguimiento de los partidos— se introdujeron las pelotas de color amarillo, al mismo tiempo que surgían una serie de jóvenes campeones que, a manera de estrellas populares (Borg, McEnroe, Lendl, Edberg, Becker, etc.), contribuyeron a difundir el tenis por todo el orbe. Algunos aún conservamos en la retina las imágenes del llamado «partido del siglo». Nos referimos a la épica final del torneo de Wimbledon del 1980 que enfrentaron a dos personalidades tan diferentes como el temperamental McEnroe y el gélido Borg.

Todo esto contribuyó a que en los Juegos de Seúl (1988) el tenis volviera a figurar dentro del programa olímpico y los grandes jugadores de ambos sexos competieran por las medallas. En aquella edición ganaron Miroslav Mecir y Steffi Graff, respectivamente. También nos parece representativo de los nuevos tiempos postmodernos que el 1989 se creara la Copa Hopman, un torneo de tenis internacional que se disputa anualmente en Australia y que presenta la particularidad —a diferencia de la Copa Davis y la Copa Federación— que tenistas masculinos y femeninos forman un equipo mixto. Otra prueba que confirma la planetización tenística es que, a finales del siglo XX, se auparan hasta el número 1 del ranking mundial jugadores procedentes de países que hasta ese momento se habían mantenido al margen de la hegemonía de las grandes potencias (muy especialmente anglosajonas, como queda bien demostrado si observamos el palmarés de la Copa Davis). Dos buenos ejemplos podrían ser el chileno Marcelo Ríos y el brasileño Gustavo Kuerten.

No nos cansaremos de repetirlo: la narrativa televisiva imponía que los partidos de tenis —jugados tradicionalmente al aire libre sobre hierba o tierra batida— colonizaran nuevos espacios cubiertos (*indoor*). Es cierto que este tipo de competiciones no eran desconocidas, pero es más que probable que se acaben imponiéndose en todos los sitios, en especial en Wimbledon, donde la lluvia entorpece cada año la buena marcha de la competición. Por ello, en la edición del 2009 se estrenaba un techo retráctil para proteger el juego de las inclemencias meteorológicas. No extraña, tampoco, la construcción de la «Caja Mágica» de Madrid, del arquitecto francés Dominique Perrault, un sofisticado complejo de pistas de tenis (cubiertas y al aire libre) que constituye una manifestación de arquitectura deportiva en consonancia con los valores hipermodernos.

Sea como sea, el tiempo y el espacio —dos categorías que son claves para cualquier deporte— han experimentado últimamente una racionalización que depende —como hemos visto— de la narrativa televisiva que de esta manera modifica la tradicional lógica competitiva.

⁷ YONNET, P. Huit leçons sur le sport. Paris: Gallimard, 2004, p. 66.

Al fin y al cabo, el deporte —y esto el tenis lo sabe muy bien— adquiere a través de la televisión una dimensión virtual porque —en último término— sólo existe aquello que aparece en la televisión (*dixit* Umberto Eco). No en balde, el año 1958 apareció el primer video-juego no patentado con el título de «Tennis for two». Lo elaboró William Higinbotham, un físico nacido el 1910 con un argumento muy sencillo: la simulación de un partido de tenis, que fue un recurso que inicialmente se utilizó con frecuencia en el mundo de los video-juegos. Por extensión, muchos espectadores situados delante de su televisor siguen los partidos de tenis, jugando mentalmente con su propia muñeca en una especie de ilusión virtual que envuelve la realidad con nuestros anhelos y desencantos. También las multinacionales como Walt Disney se interesaron por el mundo del tenis, y así una de sus figuras más conocidas —nos referimos al perro Goofy— sirvió para lanzar al mercado un cuento-puzzle sobre el tenis, en que jugaba con el pato Donald, que servía para iniciar en este deporte a los niños desde su más tierna edad.⁸

La fulgurante aparición de Rafael Nadal —el prototipo de atleta postmoderno o hipermoderno, un verdadero icono de nuestra cultura de masas y líder de la mejor generación tenística española— sintetiza buena parte de todas estas características de una sociedad de alta modernidad. No deja de ser revelador que uno de los mejores periodistas deportistas del continente —nos referimos a John Carlin— haya dedicado un libro al tenista mallorquín con el título *Rafa. Mi historia* (2011). No olvidemos que años antes este autor británico había escrito *El Factor Humano* (2008), una obra donde se explica la reconciliación nacional que protagonizó Mandela en Sudáfrica a partir de la Copa del Mundo de rugby del 1995. Pues bien, si comparamos el tenis de Andrés Gimeno —nacido en Barcelona el año 1937, que compitió con los mejores tenistas del mundo y ganó el torneo de Ronald Garros con 35 años— con Rafael Nadal —el ídolo de la juventud, porque en definitiva la representa— las diferencias entre modernidad e hipermodernidad se hacen claramente explícitas. Si Gimeno —que fue excluido de la Copa Davis por haberse convertido en profesional— representa aquel *lawn-tennis* moderno, Nadal —seguramente el mejor deportista español de todos los tiempos— simboliza las mejores esencias de un mundo acelerado y más moderno que nunca.

En una entrevista aparecida en la prensa de información general, Andrés Gimeno aceptaba que aunque el tenis en muchas cosas no ha cambiado (se mantiene la misma pista, las mismas líneas, la misma red, la misma manera de contar, pero menos silencio, más colores, más patrocinadores, más dinero, un calendario infernal) sí que se han dado modificaciones radicales: una es la técnica —una de las grandes características del mundo hipermoderno— y la otra resulta anecdótica, pero mucho más sintomática.⁹ En su respuesta Gimeno apunta que la raqueta ha estado la protagonista principal de este cambio técnico radical, cosa lógica si tenemos en cuenta que una parte significativa de los deportes postmodernos recorren al uso de algún implemento. «Con nuestras raquetas de madera no tenías más remedio que inventarte el tenis; con las actuales, sólo es cuestión de golpear duramente, y como más mejor, y buscar las líneas. No hay nada más. Pancho Gonzáles, que de los nuestros era el que más fuerte sacaba, lo hacía a 185 Km/h. Ahora no hay nadie que no supere los 230 Km/h. A esta velocidad —añadía Gimeno— se ha acabado la magia». Por su parte, el aspecto anecdótico no es menos importante porque tiene que ver con la parafernalia que rodea al tenis. Gimeno se refiere al hecho que Nadal cambia de raqueta cada 8 juegos, mientras que él cuando jugaba no intentaba cambiar nunca de raqueta porque no había dos raquetas iguales, debido a que no se elaboraban con la precisión actual sino a través de un proceso artesanal. Se puede añadir que el ex tenista barcelonés coincidió con

⁸ Se trataba de una colección sobre deportes en que se publicaron diversos títulos dedicados al baloncesto, al ciclismo, al golf, etc., que se lanzó al mercado a comienzos de la década de los años ochenta. En realidad, constituía una iniciación temprana en que Goofy decía cosas como las siguientes: «Todo buen jugador de tenis ¡jamás debe dar una pelota por perdida! Deberá correr con todas sus fuerzas para intentar devolverla al otro lado de la red por muy difícil que parezca. Yo corro mucho. La pena es que rara vez consigo golpearla con mi raqueta. Cuando un jugador salta a la pista de tenis, puede llevar cuantas raquetas quiera; pero solo usa UNA a la vez. Yo intenté llevar una en cada mano por si acaso me resultaba más fácil acertar por uno u otro lado... Las volteaba a mi alrededor como aspas de molino y mis amigos salieron corriendo por si acaso se encontraban un raquetazo».

⁹ El Periódico, sábado 17 de enero de 2009.

grandes estilistas *aussies* como Ken Rosewall, John Newcombe o Rod Laver, figuras míticas de un tenis que tenía mucho de arte. Por cierto, este último sigue siendo el único en detentar el Grand Slam: nos referimos a la victoria en una misma temporada de los campeonatos de Australia, Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

Todo esto nos lleva a tratar una variable determinante para poder distinguir una época de la otra: la fuerza con que la pelota sale impactada de las raquetas de los tenistas. Un buen ejemplo es la contundencia con que los jugadores realizan sus saques, hasta el punto que hoy son los cañoneros quienes dominan los primeros puestos del *ranking* internacional. Así por ejemplo, recientemente el australiano Samuel Groth ha conseguido el record mundial de velocidad con un servicio de 263 kilómetros hora. En estos momentos la potencia física es un componente clave de las prestaciones tenísticas (evidentemente este factor también sería extensible a otras modalidades deportivas). A medida que han pasado los años, el tenis se ha vuelto más mecánico, agresivo y rápido, perdiendo dosis de imaginación e inspiración. Bien se comprende, pues, que el haber ganado en fuerza y preparación atlética ha ido en detrimento del elemento estético. Para comprobarlo sólo tenemos que mirar un partido de los años setenta del siglo pasado. Esto significa que si en la época de Gimeno se podía brillar hasta bien pasados los treinta, ahora mismo es muy difícil que un jugador pueda competir en el nivel más alto más de diez años, no sobrepasando —por lo general— la frontera de esta edad.

En un mundo de alta tecnología el tenis ha construido un discurso deportivo —acelerado, tecnificado y sofisticado, que se mueve entre la moda *fashion* y el *glamour*, pero que no renuncia a la fuerza y al erotismo— que ha pulverizado aquel mundo del tenis clásico, de ingenio y magia, de puritanismo y silencio, de caballeros y damas que juegan de acuerdo con valores como el respeto (inclusive con *decorum*) y el *fair-play*. Un buen ejemplo de esto último sería la memorable acción protagonizada por Mats Wilander durante la final de Roland Garros de 1982 frente al argentino Clerc. El árbitro lo había beneficiado con una decisión injusta —por errónea— en la última bola de partido. Ante esta situación, que lo convertía en ganador del torneo, el jugador sueco no aceptó la legalidad tenística e insistió que se jugara nuevamente aquella pelota. El juez, consciente del valor moral del gesto del tenista nórdico, acabó aceptando la reclamación e invalidó la jugada. Digno es de tener en cuenta que frecuentemente encontramos en los partidos muestras de esta deportividad. Nos referimos, por ejemplo, a cuando el tenista certifica —borrando la marca en la superficie de tierra— que la pelota del contrincante ha sido válida.

Es evidente que en el transcurso de los últimos 20 años, y a consecuencia del aumento de la velocidad de juego derivada de una sensible mejora del rendimiento de los jugadores, la duración mediana de los puntos ha disminuido sustancialmente. Según los datos que aporta la tesis doctoral de Ernest Baiget, la mediana de la duración de los puntos sobre las diferentes superficies es netamente inferior a los 10 segundos, con lo cual se ha reducido la duración mediana respecto lo que sucedía en los años ochenta y noventa del siglo pasado.¹⁰ Dicho de otro modo: en el mundo hipermoderno todo se ha acelerado hasta el punto que el tiempo cronológico del deporte —que no tiene nada que ver con el tiempo antropológico del juego— se ha hecho aún más efímero y fugaz.

Además, el tenis —al tratarse de un deporte individual— ofrece grandes posibilidades para el estudio de la valoración biomecánica y bioenergética de la resistencia específica de los jugadores, lo cual sirve para protocolizar estudios que después pueden transferirse a otras modalidades deportivas y, inclusive, a la medicina general. No en balde, el tenis ha experimentado un proceso de alta tecnificación hasta el punto que la literatura científica que genera puede equipararse a la del fútbol o la natación, superando a deportes como el baloncesto, según constata Ernest Baiget. Así, por ejemplo, la medicina del tenis suscita un gran volumen de investigaciones, tal y como confirma el hecho que durante el mes de noviembre de 2009 se celebró un Congreso de esta especialidad que reunió 400 médicos de todo el mundo.

De aquí viene que la tecnificación en el ámbito del alto rendimiento —uno de los puntos fuertes del mundo hipermoderno— sea visible en el caso del tenis, un deporte en que se reflejan muchos de los aspectos que configuran la sociedad postmoderna donde el negocio y el espectáculo

¹⁰ BAIGET VIDAL, E. Valoració funcional de la resistència específica en jugadors de tennis. Tesis doctoral dirigida por los profesores Ferran Rodríguez y Xavier Iglesias. Universidad de Barcelona-Instituto Nacional de Educación Física, 2008.

ocupan una centralidad capital. Si antes la iniciación en el tenis tenía lugar de una manera vicaria (como hacían los niños que recogían las pelotas): sería el caso de Manolo Santana —que ganó el torneo de Wimbledon y que llevó a España a la final de la Copa Davis en 1965 y 1967— y el de Manolo Orantes (que ganó brillantemente el Open USA del 1975 ante el ídolo local Jimmy Connors, torneo al que llegó con sólo ocho raquetas). En todo caso, resulta palpable que estos dos deportistas —podríamos ampliar esta lista con los nombres de Federico Martín Bahamontes, Mariano Haro y Severiano Ballesteros— surgieron sin una estructura que los respaldara.

Esta situación difiere en gran medida de la actual, donde —citando al doctor Ángel Ruiz Cotoso, médico especialista en tenis— los niños empiezan a jugar a los 5 años y en seguida comienzan a entrenar, y en torno a los 20, ya hace 15 años que trabajan con una intensidad alta.¹¹ Esta precocidad va ligada a la esperanza de poder encontrar un diamante en bruto que pueda convertirse en una gran estrella, con la mirada puesta en unos niños y niñas que han de responder satisfactoriamente a unas expectativas familiares muy exigentes y, por lo general, desmesuradas que no se corresponden con el sentido común. Por si aún no parece obvio lo que decimos, podemos ilustrarlo con el caso de André Agassi —uno de los pocos tenistas que pueden presumir de tener en su palmarés los cuatro grandes— que recibió su primera raqueta cuando tenía 2 años, siendo prácticamente obligado a jugar al tenis por parte de su padre. La dureza de este deporte —que busca formar campeones fuertes físicamente, técnicamente y mentalmente— sólo garantiza el éxito para una minoría selecta. Muchos son, pues, aquellos que se pierden por el camino y que, a la larga, sufrirán las consecuencias de haber puesto todas sus ilusiones en una carrera profesional que a menudo se ve truncada traumáticamente y que los relega —en el mejor de los casos— a una vida de monitores y entrenadores.

Visto en perspectiva, observamos como algunos deportistas que habían sido encumbrados hasta el altar de los dioses han acabado convertidos —por diversas circunstancias— en juguetes rotos (nos vienen a la memoria los casos del boxeador José Manuel Urtaín, el waterpolista Jesús Rollán o el ciclista Marco Pantani). Incluso los *cracks* que conocen la gloria y la fama han sido víctimas del más fatídico destino. Un ejemplo de esto sería la ya mencionada Mónica Seles, cuando en 1993 un desquiciado espectador le asestó una puñalada por la espalda mientras descansaba entre juego y juego. Posteriormente, éste reconoció que el motivo de su acción era el deseo de ver a su idolatrada Steffi Graff recuperar el trono mundial del tenis femenino. Las consecuencias psicológicas para la joven tenista servían fueron traumáticas. En el transcurso de dos años la joven balcánica —en aquel momento sólo contaba con 19 años— no volvió a pisar las pistas. Las expectativas depositadas sobre su futuro se fueron al traste. Nuestra conclusión debe ser taxativa: existen determinados límites relacionados con el deporte que nunca tendríamos que traspasar, sobre todo en todo aquello que afecta negativamente la dignidad humana.

Pero los que llegan a la cima del triunfo tampoco están exentos de dificultades y problemas. El 22 de octubre de 2011 el ya mentado Andrés Gimeno recibía un homenaje por parte de las principales raquetas españolas de la historia tenística más reciente. El motivo de este evento —celebrado en el Palau Blaugrana de Barcelona— fue recaudar fondos con el objetivo de poder ayudar a un Gimeno que estaba pasando por un difícil momento económico. Otro ejemplo han sido los conflictos y hostilidades entre Arantxa Sánchez-Vicario y su familia que han salido recientemente a la luz pública con motivo de la aparición de las memorias de esta ex tenista. Después de enfrentarse con sus padres por una posible gestión incorrecta de su patrimonio con dos demandas, esta barcelonesa ha publicado recientemente una biografía — con el título *Arantxa ¡Vamos!* (2012) — donde relata las desavenencias internas del clan Sánchez-Vicario. Este caso saca a relucir otra problemática susceptible de ser estudiada y analizada pero que excede los propósitos de este artículo. Nos referimos al control —en ocasiones absorbente y desmedido— ejercido por los padres de los niños y jóvenes deportistas.

En este contexto, es importante recordar las palabras de aquel tenista español que manifestó con toda sinceridad, que el día que abandonó sus estudios fue el más feliz de su vida. Al fin y a la postre, la formación académica obstaculizaba el entrenamiento y la preparación específica de aquel adolescente que después ganó el torneo de Roland Garros por dos veces. En el tenis

¹¹ El Periódico, sábado 23 de mayo de 2009.

—donde no hay ninguna posibilidad de empatar— sólo vale la victoria, y de este modo no se acepta fácilmente la derrota como confirman las lágrimas de Roger Federer —considerado por muchos el mejor tenista de toda la historia— al perder la final del abierto de Australia de 2009 o el mal humor de Nadal al ser eliminado en la edición de 2009 de Roland Garros y no poder superar su propio record de cuatro victorias consecutivas que comparte con el sueco Björn Borg. Cabe decir que nos referimos a uno de los grandes mitos de la historia del tenis, que se retiró (cansado y hastiado por las presiones de los adalides del tenis internacional) de las pistas a la temprana edad de 26 años.

En relación con todo esto, tampoco determinados tenistas pueden prescindir del interés que concita su vida privada al saltar a las primeras páginas de actualidad. Inevitablemente algunos de ellos se convertirán en celebridades de la prensa del corazón, en protagonistas del *star-system* de nuestra cultura de masas. Si a principios de los 80 fueron noticia los romances de Carolina de Mónaco con el tenista argentino Guillermo Vilas (recordado, entre otras cosas, por haber alcanzado la mítica marca de 53 victorias consecutivas en tierra batida), años más tarde los focos se centrarían en el controvertido John McEnroe por sus amoríos con la actriz Tatum O'Neill. También el ya referido André Agassi, que en su momento fue protagonista de los tabloides por su relación sentimental con la actriz Brooke Shields (protagonista del mítico film *El lazo azul*). Más tarde volvió a ser noticia por su matrimonio con la ex tenista Steffi Graff. Muchos de nosotros recordaremos a este tenista de Las Vegas no únicamente por ser un personaje *cool* que jugaba con peluca y pantalón vaquero corto sino alguien que reconoció —en su autobiografía— haber tomado drogas «recreativas» durante su carrera deportiva. También en España algunos tenistas, como Feliciano López o Fernando Verdasco, han sido noticia por sus romances que han ido más allá de la esfera puramente privada.

A modo de corolario

Es hora de ir terminando. Si los que tenemos cierta edad recordamos aquellos partidos de Copa Davis jugados en la década de los años sesenta en la pista central del Real Club de Tennis Barcelona, signo de prestigio y distinción social, unos enfrentamientos inacabables donde los jueces pocas veces tenían que reclamar silencio, donde nadie perdía las formas bajo un sol de justicia, ahora vemos que los partidos —que se han convertido en verdaderos galimatías— se han trasladado a cualquier espacio, ya se trate de poblaciones turísticas como Benidorm con gradas desmontables que no soportan el impacto de fuertes vendavales o bien a los enfrentamientos en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid, al mejor de 5 cinco sets, pero limitados a un máximo de 7 juegos cada uno. Ciertamente que el mundo postmoderno —mejor dicho, hipermoderno— también constituye una mezcla (*collage*, probablemente) más o menos barroca y ensordecedora, como bien hace patente esta imagen de los tenistas españoles jugando en una plaza de toros con el calor de un público apasionado que expresa, sin tapujos, sus preferencias y que lo aplaude todo: el acierto de sus jugadores y los errores de los contrarios.

Esta mezcla de estilos y tradiciones es de tal envergadura que ahora la modernidad del tenis se funde con el simbolismo ancestral de una plaza de toros, en un todo que recuerda aquel tópico de «Pan y toros», exaltado por la zarzuela homónima del maestro Barbieri, y que se puede poner en relación con el «Pan y circo» de Juvenal en su sátira décima. Sin perder de vista la afirmación del orgullo nacional, asistimos a una síntesis —que además de conciliar la modernidad y el casticismo— constituye una buena imagen para dar cuenta de este mundo hipermoderno que fusiona estilos y tendencias diversas, frecuentemente de una manera acelerada y ruidosa, con muchas dosis de alta tecnología. En este sentido un ejemplo revelador sería el llamado *ojo de halcón*, un dispositivo que permite detectar el lugar preciso donde golpea la pelota. También un mundo que busca el éxito y el triunfo rápidamente y donde todo (o casi todo) parece tener cabida.

Probablemente el universo postmoderno sea desde un cierto punto de vista una fastuosa estampa neo-barroca, con su exuberancia cromática y fonética, conformando una nueva manifestación del barroco, es decir, de aquel *eon* que —como proclamaba Eugenio d'Ors— retorna con frecuencia al mundo de la cultura y que encuentra, su correspondiente contrapunto, en el clasicismo. Si el tenis en sus orígenes devino un signo de la modernidad, actualmente puede simbolizar este barroquismo postmoderno —o si se quiere, hipermoderno— que refleja una

modernidad que con frecuencia se muestra consumada y —porque no decirlo— un tanto inflacionada en un mundo que crece sin parar. En resumidas cuentas, el tenis se ha convertido en uno de los mayores espectáculos —y por ende, negocios— de la postmodernidad.